

Alexandra y el Brujo

DE LOS PANTALONES MORADOS



Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

Fernando Olavarría Gabler nace en Santiago de Chile el 5 de Abril de 1929. Estudia Medicina en la Universidad de Chile y se recibe de Médico Cirujano en 1955, dedicando más de cincuenta años a su profesión. Además de sus actividades médicas proyecta su capacidad creativa en el arte de la pintura y la literatura. Es autor de la serie de 44 cuentos infantiles “Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos” que acompaña con sus propias ilustraciones a color, y de la serie de 116 “Cuentos para entretener el Alma” también con ilustraciones propias. En 1987 es premiado en el Concurso Nacional de Poesía y Cuento Infantil. En 2007 publica, en formato e-book, la totalidad de sus cuentos en www.cuentosdefederico.com. Actualmente continúa escribiendo mágicas historias y pintando en la ciudad de Viña del Mar.

© Fernando Olavarría Gabler, año 2012

"Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados"

Registro de Propiedad Intelectual n° 37.100

ISBN 978-956-7472-82-6

Texto e ilustraciones: Fernando Olavarría Gabler

Diseño de edición: Jaime Ibarra Arancibia

Traducción al inglés: María Cristina Wiegand

Traducción al francés: Olga María Díaz


Traducción al alemán: Bernhard Kerscher

Impreso por:

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Alejandra y el Brujo
DE LOS PANTALONES MORADOS

Texto e ilustraciones de Fernando Olavarría Gabler

 (1) Música de fondo: Trittico Botticelliano de O. Respighi.
Interpretación adaptada al cuento con temas modificados:
El vuelo de Alejandra.
La casa del brujo.
El bosque negro.
La noche estrellada.

*Para mi hija Alejandra
con el gran cariño de su padre.*

Alejandra era una niña muy hermosa y delicada; tan delicada que a los pocos días de haber nacido se posó una mosca en una de sus manos mientras dormía y le quebró un dedo.

Su pálido rostro y sus dos grandes ojos azules más bien pertenecían a una muñeca de fina porcelana que a una niña viva.

Sus padres la cuidaban en demasía y era una constante preocupación para ellos que la niña no enfermara. Pero Alejandra se resfrió un día y estuvo una semana en cama, luego de lo cual mejoró y se levantó.

Como la mañana de ese domingo estaba tibia y radiante de sol, su mamá la llevó a la plaza para que respirara aire puro y jugara con otros niños. En la plaza había algunos comerciantes que ofrecían sus mercancías y entre ellos estaba el vendedor de globos. Eran globos muy grandes y de diferentes colores y Alejandra, maravillada, pidió a su mamá que le comprara un hermoso globo rosado. Este, al igual que otros, había sido inflado con gas y trataba de elevarse tirando el cordel con que lo tenía sujeto la niña. Para que no se le escapara, la mamá amarró el cordel a la mano de Alejandra que comenzó a jugar feliz por los caminos de la plaza. Pero en esos instantes corrió una tibia brisa y —asómbrense ustedes— el globo, ayudado por la brisa, comenzó a subir llevándose consigo a la pálida y delicada niña, que contemplaba ahora los prados y las flores debajo de sus pies. Todos corrieron para alcanzarla pero nadie pudo y el globo continuó subiendo y subiendo y se alejó de allí con gran angustia y llanto de mamá.




Subió y subió el globo rosado por encima de la ciudad hasta que se perdió de vista. Atravesó nubes blancas y doradas y continuó su ascenso hasta el atardecer. La niña, cosa extraña, no tenía miedo y parecía entretenida con tan singular aventura. Se escondió el sol y se tiñó el firmamento de un suave color naranja con matices rosados. A lo lejos, nubes violetas y grises presentaban un maravilloso espectáculo.

De pronto, frente a sus ojos y a buena distancia, Alejandra divisó una mancha marrón oscura a la cual el globo se iba aproximando lentamente y cuando estuvo más cerca se dio cuenta de que la mancha era una casa de madera que flotaba en el aire. Tenía una chimenea, varias ventanas y una puerta. Frente a ella había una pequeña terraza con barandas que, por estar suspendida en el aire, parecía más bien un pequeño muelle. De las ventanas salían dos varillas de bambú que estaban unidas en sus extremos con alambres y de ellos colgaban calcetines, camisas, pañuelos y toallas de



diversos colores. El globo pasó flotando por el frente de la casa y chocó suavemente con la pared. Allí, al parecer, había un clavo o una astilla de madera, porque el globo se reventó y la niña cayó desde muy poca altura sobre la terraza.

Como ya hacía frío, Alejandra decidió entrar a la casa. Pensó que su madre estaría muy preocupada por no tenerla consigo y por estar afuera sin abrigo. Golpeó tímidamente y la puerta se abrió. Detrás había un oscuro corredor y en él, sentado, un enorme gato negro casi tan alto como la puerta.  Sus bigotes parecían varillas de sauce y sus ojos, amarillos como dos grandes limones, la miraban burlescamente.

Alejandra tuvo por primera vez un poco de susto al ver un minino de tamaño tan poco habitual y, sin saber qué decir, balbuceó algunas palabras explicando cómo había llegado hasta allí.

El gato la seguía mirando fijamente y parecía sonreír. Creerá que soy

una lauchita –pensó la niña– y está a punto de saltar sobre mí. Sin embargo, se acercó a él y le dijo que deseaba beber un poco de té. Recién entonces el gato dejó de mirarla tan insistentemente y le habló:

Mi nombre es Ra –le dijo– y ésta es la casa de mi amo, el Brujo, que está por llegar. Ven, te mostraré lo que le he preparado para hoy. Después de decir esto dio media vuelta y se alejó por el pasillo; llegaron a un aposento donde hervía en el centro un gran caldero cuyas paredes estaban cubiertas con hollín.

–¡Qué gato tan hermoso! –pensó la niña– sus movimientos son elegantes y el pelaje parece ser suave como el terciopelo.

En esos instantes oyó que alguien se acercaba a la casa. ¡Ra! ¡Abre la puerta!, gritó desde la terraza. El gato dio un veloz y silencioso brinco y abrió la puerta. ¡El Brujo había llegado!

Su cara era muy larga y su nariz y mentón afilados. Tenía puesto en la

cabeza un largo bonete negro, vestía una levita también negra y sus pantalones ajustados llegaban hasta las rodillas y estaban hechos de una brillante seda de color morado. Sus medias eran blancas y los zapatos de charol tenían hebillas de plata. Tanto el rostro como las manos del Brujo se veían pálidos como el marfil.

Alejandra tuvo mucho susto al ver a este personaje, susto que aumentó considerablemente cuando el Brujo la descubrió y la empezó a observar con unos ojos que parecían echar fuego.

¿Qué está haciendo esta niña en mi casa? –gritó furioso– ¡Ra!, échala y tráeme el té que vengo muy nervioso y cansado.

Alejandra al oírlo tan estridente, se tapó los oídos con las manos, avanzó hacia el Brujo lentamente y lo miró con sus grandes ojos azules. El Brujo al ver que la niña no lloraba y le sonreía, le preguntó con una voz acerada que trataba, lo más posible, de ser amable:



–Dime niñita, ¿Cómo llegaste a mi casa?

–En un globo.

–¿Quién conducía ese globo?

–El viento.

Al oír esto el Brujo se serenó y le dijo.

–¿Sabes quién soy yo?

–Sí.

–¿No me tienes miedo?

–Sí, tengo mucho miedo –lloriqueó Alejandra.

–¡Ah, qué bien!, para que se te pase el miedo te daré un poco de té. Y cogiendo suavemente a la niña de la mano la llevó al aposento donde hervía el caldero. Recién entonces Alejandra se dio cuenta de que en la sala del caldero había grandes estantes repletos de libros, frascos y también numerosos animales embalsamados que contemplaban inmóviles la escena.

Algunos peces y aves colgaban del techo mediante un finísimo hilo.

Se sentó el Brujo, se sacó el bonete de la cabeza y cogiendo una tetera y una taza de plata de una bandeja que había dejado el gato encima de una mesita, se sirvió té y después le sirvió en otra taza a la niña.

–¿Cómo te llamas?, preguntó la niña ya más tranquila y sorbiendo el té.

–Mi nombre no importa –dijo el Brujo– pero sí importa que tú sepas que yo embalsamé a todos esos animales que ves alrededor nuestro.

–¿Qué quiere decir embalsamar?– preguntó la niña.

–Embalsamar –respondió el Brujo– es sacarle las tripas a los animales muertos, rellenarlos con sustancias aromáticas y ponerles ojos de vidrio y otras cosas más que tú no entenderías. Así se conservan eternamente y parecen vivos.

–¿Dónde aprendiste eso? –interrogó la niña.

–Lo aprendí hace miles de años atrás, cuando yo era un esclavo egipcio



y trabajaba en ese oficio embalsamando a los nobles y faraones.

–¡Ah! –exclamó la niña– ¿y qué son los faraones?

–¡Basta! –rugió el Brujo– ¡tantas preguntas son exasperantes! Me estás fastidiando demasiado. ¡Te convertiré en un bicho para luego embalsamarte!

Alejandra se entristeció y algunos instantes después dijo: Brujo, si me vas a convertir en uno de tus animales, preferiría que me convirtieras en una linda mariposa.

–¿Mariposa? –vociferó el brujo– ¿no sabes que las mariposas viven un sólo día?

–Pero sus alas son muy bonitas –sonrió la niña tímidamente.

–¡Te convertiré en lo que yo desee y no en lo que tú me pidas! –gritó el Brujo fuera de sí– ¡Y ahora a dormir porque se hace tarde!

–¡Ra!, ¡Ra! ¿Dónde te has metido gato grandulón? Prepárale tu cama a esta niña y duerme a su lado para que la cuides y no tenga frío.

El gato maulló y se alejó silenciosamente con la niña detrás de él. Llegaron a otro aposento con una cama donde Alejandra se acostó y se quedó profundamente dormida.

Algunas horas después despertó y observó al enorme gato que ronroneaba en una alfombra roja al lado de la cama. Era tan negro y tan grande que más bien parecía una pantera o un león echado al lado de ella.

—Ra—susurró la niña— Ra, ¿Qué son los faraones?

Ra se estiró, bostezó y se lamió el pelaje.

—¡Ah, niña tonta! —maulló— ¿Por qué haces tantas preguntas? ¿No sabes que eso enfada a mi amo?...Los faraones eran reyes del antiguo Egipto y cuando morían los embalsamaban. Mi amo trabajaba en ese oficio en un templo y aprendió mucha magia de los sacerdotes de aquella época. Ellos se sintieron envidiosos al ver a un hombre con tanta inteligencia y para eliminarlo lo mandaron a trabajar en la construcción de las pirámides. Las



pirámides eran las tumbas de los faraones y estaban hechas con enormes piedras que tenían que ser acarreadas por esclavos, uno de ellos era mi amo. Muchísimos murieron y él, al ver tanta crueldad, juró vengarse de los hombres. Una noche se fugó y desde entonces, gracias a sus artes mágicas, ha vivido todos estos siglos aislado del mundo practicando la hechicería, sin comprender que existe tanta gente buena como mala. Pero verdaderamente te diré que nunca ha recibido una palabra de afecto, ni jamás un cariño, desde hace tres mil seiscientos años.

Transcurridas estas palabras el gato se acurrucó y continuó durmiendo.

La niña se quedó pensando en todo lo que le había contado Ra y no comprendió muchas cosas, pero sí sintió en su corazón que el Brujo de los Pantalones Morados no era tan malo como ella había creído al principio. Le llamaba la atención que, en vez de convertirla en mariposa, le había servido té y mandado a acostar a una cama con un gato para que la cuidara.

Al día siguiente se despertó con los gritos del Brujo, el cual estaba tan o más de mal genio que antes; en esos instantes retaba al gato porque había olvidado guardar la escoba y ésta había quedado afuera en la terraza.

La niña se levantó y acercándose al Brujo le dio los buenos días y lo besó en una de las mejillas. El Brujo dio una patada de rabia, quiso hablar pero no pudo y luego se serenó.

–Niña torpe –dijo con voz trémula por la ira– ¿no sabes que a mí nadie me ha besado?

–Pues entonces yo soy la primera –respondió Alejandra– pero no es para que te enojas en esa forma.

El Brujo no supo qué decir y abriendo la puerta violentamente salió a la terraza. La niña decidió salir también para ver dónde estaba su globo roto y allí encontró al Brujo montado ya en su escoba y listo para salir de paseo.

–¡Déjame ir a mí también!, le pidió Alejandra, pero el Brujo la miró con



tanta furia que la niña no insistió. Compungida se dirigía hacia la puerta cuando oyó la voz dominante del Brujo que le decía, –¡Ven!, súbete detrás de mí y afírmate bien que volaremos a gran velocidad.

Se montó la niña plena de felicidad en la escoba y se abrazó a la cintura del Brujo. Partieron velozmente, pero la escoba estaba fría porque había quedado durante la noche afuera en la terraza y ya a buena distancia de la casa comenzó a echar humo y chispas y a dar enormes estampidos. Alejandra encontró que esto era muy gracioso y prorrumpió en alegres carcajadas que contagiaron al Brujo que no pudo dejar de reírse también, aunque calladamente y sin que la niña se diera cuenta de ello.

Volaron hacia la ciudad y el Brujo detuvo la escoba para observar desde la altura dónde podría hacer alguna obra realmente dañina. Divisó a una mendiga que estaba con sus harapientos hijos sentados todos en las graderías del pórtico de una iglesia. ¿Ves a esa vieja mendiga? –le dijo a la

niña— le pegaré justo en la cabeza. Sacó una naranja de un morral que llevaba a un costado y la lanzó con fuerza hacia abajo. La naranja rebotó en la frente de la pobre vieja y casi le saca un ojo. —Mira como cae de espaldas —rió el Brujo alborozado— ¿no es ésta una bonita maldad?

—No es tanto, respondió Alejandra, al ver a los niños pordioseros abalanzarse sobre la naranja— porque tú les has dado comida para hoy.

El brujo frunció el ceño y nuevamente se puso de pésimo humor. Aceleró con su escoba y llegaron a la orilla de un río. Allí divisaron a un hombre que llevaba un perro joven en sus brazos; lanzó una patata y el hombre cayó sentado, pero cosa curiosa, el perro al tocar el suelo huyó hasta perderse de vista.

—Has hecho algo bueno —comentó Alejandra— has salvado al perrito.

En efecto, del bolsillo del hombre colgaba un cordel, el que iba a ser utilizado para ahogar al perro en el río, amarrándolo a una gran piedra.

El Brujo ya no cabía en sí de rabia. –No me traes suerte –le dijo a la niña. –Haz una mala acción. Alejandra sacó un limón y esperó. Cuando sobrevolaban un barrio apartado de la ciudad, se acercaron a una miserable ventana y a través de los vidrios rotos cubiertos de polvo, la niña divisó a una viuda y a sus seis hijos, todos pequeños. Uno de ellos estaba muy enfermo y en esos instantes su madre sólo atinaba a cubrirle la frente con un sucio paño humedecido en agua para aliviarle algo la fiebre.

Pobre mujer –se dijo Alejandra– seguramente no tiene dinero para alimentar a sus hijos y tampoco para comprar medicamentos.

Compadecida lanzó el limón a través de la ventana y éste al rebotar en el suelo, –¡cosa maravillosa!–, se rompió en mil pedazos y cada fragmento se convirtió en una moneda de oro. La felicidad de la humilde familia no tenía límites. En un principio se restregaban los ojos creyendo que todo era un sueño, pero luego se abalanzaron al suelo para recoger las monedas,



dando gritos de alegría.

Muy desagradado se alejó el antipático Brujo de esta escena y después de cruzar la ciudad llegó frente a un gran palacio con enormes ventanales de cristal. Lanzó un pepino al ventanal más grande y éste se rompió estrepitosamente. —¿Qué te parece?—, preguntó triunfante a la niña. Pero ella se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—El dueño de ese palacio es el más rico de la ciudad y no creo que le importe mucho la quebrazón de uno de sus cristales.

El Brujo dio un bufido y levantando el palo de la escoba aceleró en tal forma hacia arriba que la niña pensó que no iba a soportar una velocidad tan espantosa. Pronto llegaron a la casa donde los recibió Ra y luego les sirvió té caliente.

Las relaciones entre el Brujo y Alejandra estaban rotas y durante varios días éste salió en la escoba sin invitar a la niña. Hasta que una tarde la llamó

enérgicamente y le ordenó que montara nuevamente en la escoba. Me has fastidiado definitivamente—le dijo—. Súbete. Te iré a dejar a un bosque.

Partieron rápidamente y llegaron a un extenso bosque de árboles quemados cuyos troncos negros hacían un hermoso contraste con la maleza verdosa amarillenta que cubría el suelo.

Se bajó la niña de la escoba y observó con interés los enormes troncos carbonizados.

—¡Observa este maravilloso paisaje! —exclamó el Brujo— Antes, este bosque estaba perfumado con flores silvestres y los pajarillos cantaban en el tupido follaje. Nada de eso existe ahora ¡gracias a mí!, porque yo lo he quemado. ¿No es hermoso? Sus negros troncos parecen gemir en un eterno sufrimiento.

—Realmente son muy bonitos, dijo Alejandra, y algunos están brotando nuevamente porque veo hojitas verdes en algunas de sus ramas.

–¡Ah!, gritó el Brujo, ¡Niña estúpida! Tus palabras me enferman. ¡No puedo más!, basta ya de contrariarme. ¡Adiós! Espero no verte otra vez.

–Hasta pronto– se despidió la niña– Muchas gracias por todo. Has sido muy amable conmigo y te echaré de menos.


Diciendo esto. Alejandra se acercó y le dio un tierno beso en la mejilla. Luego le dijo:

–¿Te veré de nuevo? El domingo mamá me llevará a misa, espero encontrarte allí.

Al oír estas palabras el Brujo lanzó una estridente carcajada al imaginarse dentro de una iglesia, pero nada dijo, y partió a gran velocidad por encima de los árboles.

–¡Adiós! –gritó Alejandra– ¡te espero el domingo! Pero el Brujo no contestó y se perdió en el cielo con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas...



Alejandra se quedó sola en el bosque negro.  Atardecía y los dorados rayos de luz acentuaban el suave color amarillo verdoso del paisaje que contrastaba con la oscuridad de los troncos. El silencio era casi absoluto y la niña recién entonces se sintió muy sola y desvalida. Empezó a sollozar y a llamar al Brujo, pero nadie podía escucharla porque el bosque estaba aparentemente deshabitado. Mas, no crean ustedes que era así, ya que desde lo alto, en una ramita, estaba contemplándola un pajarito. Era un chirigüe¹ y el color amarillento de su plumaje se confundía con el paisaje. Bajó volando el pajarillo y se situó cerca de la niña que al descubrirlo, sonrió y se secó las lágrimas con el dorso de las manos.

—No llores más— dijo el chirigüe— porque tu llanto me recuerda la pena que tuve tiempo atrás en este bosque.

—¿Qué pena tuviste?— preguntó Alejandra.

—Pues te la contaré, dijo la avecita. Tiempo atrás este bosque era muy

1. Ave cantora chilena.

hermoso. Había llegado la primavera y yo estaba enamorado de una linda pajarita. Decidimos hacer un nido en la rama de uno de estos árboles. Acarreamos palitos, al principio gruesos y después cada vez más pequeños y delgados hasta que finalmente tapizamos el nido con pequeñas plumas y crin. La pajarita chirigüe se echó en el nido y puso tres hermosos huevos. Éramos felices y pensábamos en nuestros futuros hijos que pronto saldrían del cascarón. Pero llegó el malvado Brujo de los Pantalones Morados e incendió el bosque con las chispas de su escoba. Ardió el pasto, se quemaron los troncos, las ramas y también el nido. Mi esposa huyó aterrorizada y no la he vuelto a ver. Desde entonces aquí vivo en este negro bosque buscando a mi pájara para construir una vez más nuestro nido.

—¡Oh! —dijo Alejandra— cuánto siento lo sucedido, pero no te aflijas pajarito, quizás tu primer nido estaba construido muy cerca del suelo y podría haber sido peligroso para los pequeños polluelos que habrían

quedado al alcance de tus enemigos.

–Hermosa y delicada niña –dijo el chirigüe– gracias por consolarme. Tu bondad ha dado alegría nuevamente a mi corazón.

A continuación la avecilla se puso a cantar tan maravillosamente que Alejandra quedó extasiada con tan armonioso canto.

Después de un rato, el chirigüe terminó sus melodiosos trinos y a lo lejos se oyeron otros muy tenues y cortos. Estos se fueron acercando y de pronto apareció otra avecita de colores similares al chirigüe, pero no tan llamativos. Cuánta alegría hubo entre las dos aves ya que nuevamente el chirigüe y su esposa se habían juntado. Ambos no cabían en sí de felicidad y revoloteaban alrededor de la niña en señal de agradecimiento hacia ella. Pero la niña no estaba tan dichosa como ellos porque se hallaba muy lejos de su hogar.

–No te aflijas– le dijo la pajarita. Más allá, en la orilla de un lago hay

una familia que ha venido a pasar el día en el campo. Yo la he divisado desde lejos. Si tú deseas, te llevaremos donde ella.

La niña asintió y los pajaritos la guiaron a través del bosque hasta el campamento. La familia recibió cariñosamente a la niña perdida y al atardecer regresaron a la ciudad donde llevaron a Alejandra a su casa.

Grande fue la sorpresa y alegría de sus padres al verla de vuelta sana y salva después del misterioso ascenso en el globo rosado.

...

El domingo la mamá la llevó a la iglesia para agradecer a Dios el feliz regreso. La iglesia estaba muy concurrida y tanto mamá como la niña permanecían de pie en una de las naves laterales.



De pronto a Alejandra le pareció ver que los santos estaban muy serios, no así el rostro de Jesús, que parecía sonreír. Sintió un pellizco en un brazo y oyó una voz cerca de su oreja que le decía muy quedamente:

–Aquí he venido, muy a pesar mío, a cumplir tu deseo.

Alejandra reconoció la voz del Brujo de los Pantalones Morados y fue tan grande su alegría que no pudo reprimir un pequeño grito de felicidad.

–Brujo Morado, le dijo la niña, nunca creí que me vendrías a ver. ¿Cómo está Ra?

–Ni Ra, ni la casa voladora estarán más sobre las nubes –respondió el Brujo– porque me iré a vivir a una estrella. Tú me has hecho cambiar mi pequeña niña, ya que gracias a ti me he dado cuenta de que se logra mayor felicidad haciendo el bien que haciendo el mal. Pero como he estado tanto tiempo dedicado a hacer malas acciones, me iré muy lejos para no hacer ni lo uno ni lo otro y así olvidarme de que fui malo.

Terminadas estas palabras, Alejandra sintió que el Brujo invisible se alejaba y sólo atinó a despedirse en voz baja. Su madre la reprendió por estar distraída, los santos dieron un suspiro de alivio y en esos instantes terminó la misa.

Afuera, la niña, a pesar de observar el cielo, no vio ni rastros de su amigo el Brujo y no pudo dejar de pensar en él en todo el día; mas, el tiempo pasa y terminó por olvidarlo.

Alejandra creció cada vez más saludable y llegó a ser una hermosa y romántica jovencita, que por su bondad, simpatía y belleza era muy querida por todos.



Y aquí llega a su fin la historia de Alejandra y el malvado brujote que nunca había recibido cariño y que cambió sus malos sentimientos gracias a la bondadosa niña.

Mis queridos amiguitos, si alguna vez desean saber cuál es la estrella



donde habita el Brujo, sólo basta abrir la ventana en una noche estrellada; divisarán millares de estrellas, pero si se fijan bien, encontrarán una que emite destellos rojos, azules y morados, tan morados como los pantalones del Brujo.

Fin

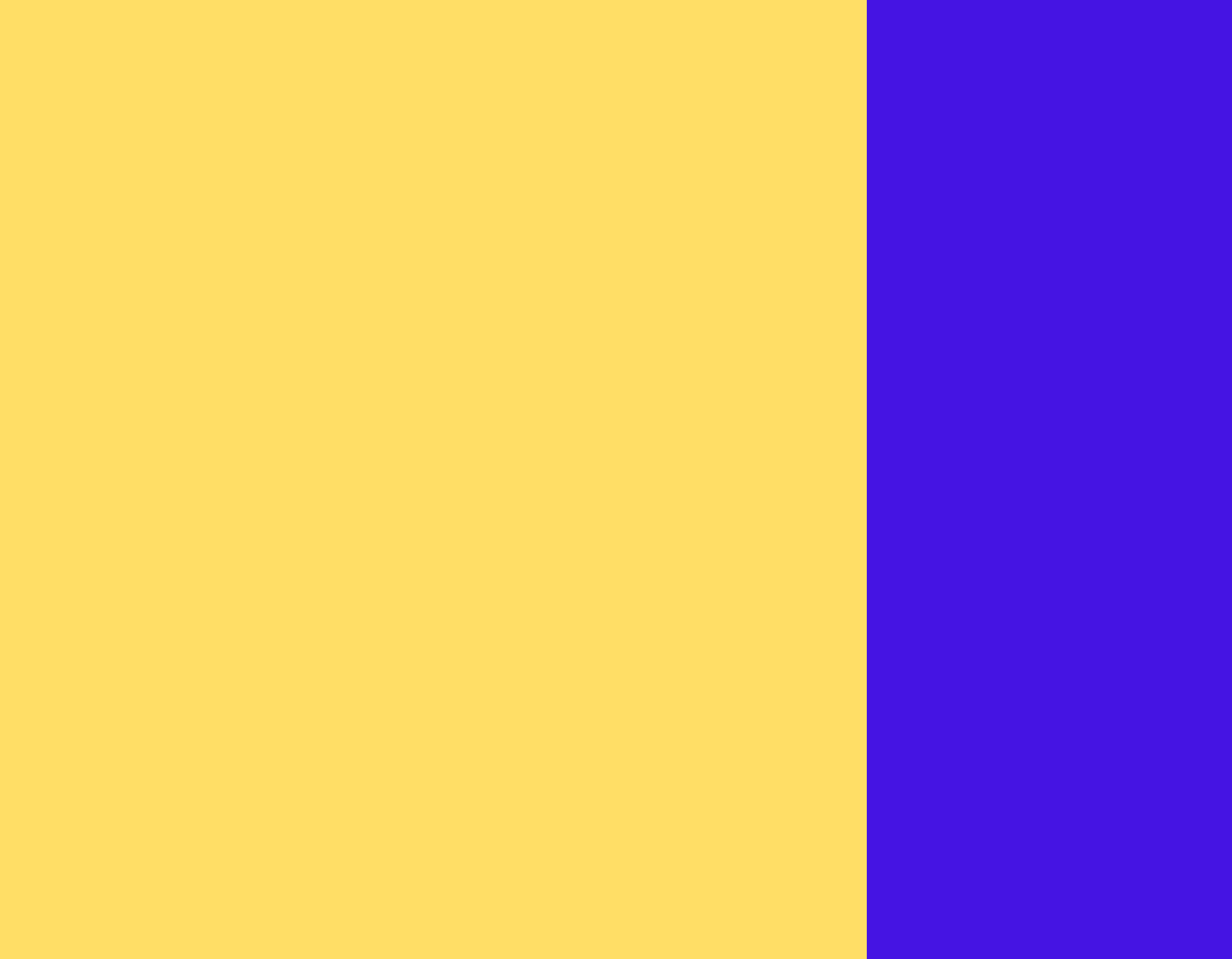
*Ante el comportamiento agresivo de una persona, no reaccionen en igual forma sino con bondad.
Así se rompe la ley de causa - efecto y se desarma al agresor.*

No olvidemos que hay personas de pésimo carácter pero que tienen un corazón de oro.

En ciertas ocasiones, la actitud desagradable que toman algunos frente a nosotros se debe a que nunca han recibido afecto o cariño. Esto cambia si actuamos con bondad hacia ellos.

Las buenas acciones llenas de amor nos llevan a resultados milagrosos inesperados.

*Se logra la felicidad del alma haciendo el bien.
En cambio, actuar con maldad, tarde o temprano nos lleva hacia el dolor.*



1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tararí Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Adelina